

Continuidad y cambio en los partidos políticos

La tormenta que ha agitado al PP, desde el 9-M hasta el 22-J, nos proporciona actualidad a un tema que en las democracias representativas suele preocupar y en muchos casos convulsionar la opinión pública: la tensión que se produce en los partidos políticos entre continuidad y cambio, entre ortodoxia (ideología o estrategia establecidas) y heterodoxia (propuestas de innovación).

Tras las elecciones del pasado 9 de marzo, entre los dirigentes del PP comenzó un período de reflexión. A pesar de haber experimentado un crecimiento en votos y escaños y de aportar la diferencia con el PSOE en 400.000 votos, el PP perdió las elecciones. El equipo asesor de Rajoy aconsejó cambios de línea. Los analistas del PP concluyeron que el PSOE ganó las elecciones en Cataluña y en el País Vasco y que, de haber sido otros los resultados en esas comunidades, las habría ganado el PP en el conjunto de España. A la luz de los datos, esta conclusión parece evidente, pues la ventaja de escaños socialistas sobre los populares en ambas comunidades (17 en Cataluña + 6 en el País Vasco = 23) fue mayor que la diferencia de escaños totales en el Congreso (15). Por otra parte, el PSOE desbordó ampliamente a los partidos nacionalistas, al obtener quince escaños más que CiU en Cataluña y tres más que el PNV en el País Vasco, lo que lo convierte en partido de gobierno en Cataluña, donde ya gobierna, y en El País Vasco, donde tiene serias opciones de gobernar a corto plazo.

El ascenso del PSOE en territorios que aparentemente le son desfavorables coincidió el cambio protagonizado por Patxi López en el País Vasco y por Pascual Maragall en Cataluña, que hicieron suyas la mayor parte de las reivindicaciones nacionalistas. Para el PP este giro no fue solo una coincidencia, sino la verdadera causa del ascenso socialista. Rajoy y muchos dirigentes populares han creído que el mismo remedio puede producirles parecidos réditos y proponen un giro de mano tendida hacia los nacionalistas moderados. El reciente congreso ha aprobado la nueva estrategia del PP con el voto favorable del 78% de los compromisarios, lo que consolida de momento el liderazgo de Rajoy y pone sordina a las voces más contundentes de la pasada legislatura. Este cierre oficial de la crisis será sometido a la prueba de fuego de las próximas elecciones autonómicas del País Vasco en las que se verificará si el balance de pérdidas y ganancias es favorable o desfavorable.

Dos cambios antiguos

Después de la segunda Guerra Mundial, cuando se consolidaron los bloques enfrentados y el telón de acero que los dividía, los partidos comunistas europeos y el Partido Socialdemócrata de Alemania, históricamente muy próximo al comunismo, fueron comprendiendo la necesidad de evolucionar si, realmente, querían ser opciones reales de poder. Estos giros políticos figuran ya en los tratados de ciencia política.

Por una parte en 1959, en Bad Godesberg, distrito residencial de Bonn, la SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) celebró un congreso extraordinario en el que renunció al marxismo como ideal político, abandonó el postulado de la lucha de clases y aceptó la economía de mercado como principio y como realidad: Bad Godesberg representó para los renovadores la liberación de los dogmas y la abolición del rencor social.

Por otra, años después, en la década de los setenta, tras la represión soviética de la «primavera de Praga», varios partidos comunistas europeos, tratando de ensanchar su influencia a las clases medias, rechazaron el apoyo incondicional a la URSS y aceptaron sin ambages el juego democrático y la fidelidad al sistema de pluripartidista. Este cambio se denominó eurocomunismo porque, en principio, sus principales promotores fueron el PCI (Partido comunista Italiano) y el PCF (Partido Comunista Francés) sólo proponían estos cambios para la Europa Occidental donde la democracia pluralista y la economía de mercado estaban consolidadas.

Continuidad y cambio en los partidos políticos

Más adelante, en la transición española, el PCE fue legalizado previa confesión de fe eurocomunista, oficializada en marzo de 1977 cuando se reunieron en Madrid los secretarios generales del PCI, Berlinguer, del PCF, Marchais, y del PCE Carrillo.

Y cuatro cambios recientes

Desde la muerte de Franco, han agitado profundamente a militantes y simpatizantes políticos cuatro grandes cambios en la ideología y en la estrategia. El giro actual del PP es de orden menor, si se compara con ellos: el primero fue el del *harakiri* de las Cortes franquistas, el segundo el de la aceptación por el PCE del régimen monárquico y de la bandera rojigualda, el tercero el del abandono del marxismo por parte del PSOE y el cuarto el de la misma fundación del PP sobre las ruinas de Alianza Popular.

El 4 de enero de 1977, las mismas Cortes franquistas aprobaron la ley para la reforma política con carácter de ley fundamental que anulaba las precedentes y, desde la nueva y efímera legalidad provisional, significó abrir la puerta a la liquidación del régimen franquista. El PCE, principal organizador y motor de la Junta Democrática, que trabajaba desde la Junta Democrática por la plena ruptura con el franquismo y la restauración republicana, efectuó en 1976 un giro estratégico de extraordinaria magnitud al aceptar tanto la bandera que hasta entonces había definido como del enemigo y el régimen monárquico, «en aras de la reconciliación nacional», sin renunciar a sus convicciones republicanas ni a promoverlas en la sociedad. En marzo de 1979, el PSOE, en su XXVIII Congreso, la propuesta de Felipe González de abandonar el marxismo fue derrotada; pero, en septiembre del mismo año, en un congreso extraordinario, Felipe González fue reelegido y su propuesta aceptada por amplia mayoría. En 1989, tras dos victorias consecutivas del PSOE, Alianza Popular, que era una federación de partidos, algunos de ellos profundamente nostálgicos del franquismo, entró en una profunda crisis, que se resolvió en un congreso en el que AP se transformó en un partido unitario y democrático, el Partido Popular.

Dimensión traumática del cambio

No existe cambio político de envergadura que no cause traumas a una parte del partido que los promueve o y de la sociedad en que repercute.

Los partidos políticos funcionan en muchos aspectos como cuasi-religiones: exigen adhesiones a un credo inmutable y anatematizan a los promotores de novedades. A Trosky lo mandó matar *Stalin* por *desviacionista* y Roger Garaudy, que había pertenecido al comité central del partido comunista francés, fue expulsado de él por *revisionista* en 1970. En todos los giros políticos importantes ha habido grandes sufridores.

Los ortodoxos de la vieja socialdemócrata alemana, partidarios del marxismo, la planificación y de las nacionalizaciones, recibieron el programa de *Bad Godesberg* con impermeable y miles de afiliados se dieron de baja de su partido, al que decían no reconocer.

Los comunistas marxistas-leninistas recibieron el eurocomunismo como una traición a la causa obrera y reafirmaron que no es posible llegar a un gobierno comunista a través de reformas, sino a través de una revolución. Por ser contrario a la línea eurocomunista impuesta en España por Santiago Carrillo, se produjo el abandono de notables históricos del comunismo y el surgimiento de efímeros partidos comunistas, escindidos del PCE, como el PCT (Partido Comunista de los Trabajadores), formado en 1973.

Fue notorio el malestar de algunos diputados franquistas, las airadas manifestaciones contrarias a la democracia en la prensa adicta y la actuación en la calle de grupos violentos que trataban de impedir la muerte política del franquismo. Ante el abandono del marxismo por el PSOE, un reducido grupo abandonó el partido y muchos de los que se quedaron, que hasta entonces se habían nutrido ideológicamente del marxismo, experimentaron una gran orfandad y tardaron años en digerir el cambio. Ante la nueva estrategia del PSOE en el País Vasco, el retiro de Nicolás Redondo Terreros y el abandono y fundación de un nuevo partido por Rosa Díez son episodios que revelan el desgarramiento interior de miles de personas. Los dirigentes populares que se oponían a la propuesta de Rajoy han quedado excluidos de la nueva ejecutiva designada en Valencia. Es lógico en virtud de las matemáticas electorales, pero traumático para quienes han dado todo por defender al partido en una línea diferente. María San Gil es el epónimo de los miles de militantes del PP que sufren por lo que consideran una subducción de los principios.

Carácter pragmático del cambio

Los partidos que han protagonizado los cambios han obtenido de ellos ventajas innegables, reforzando sus posibilidades de gobierno en el caso

Continuidad y cambio en los partidos políticos

de los partidos mayoritarios y proporcionándose un espacio democrático, corto pero cómodo, en el caso de los partidos minoritarios.

Este efecto no sucede al azar sino que es fruto de planteamientos pragmáticos. Los estados mayores que promueven los cambios persiguen incrementar su electorado o su capacidad de alianzas. Por ambos senderos se facilita el acceso al poder.

La propuesta de mano tendida a los nacionalistas moderados por parte del PP también obedece a propósitos pragmáticos. En el fondo, es una respuesta a aquellas palabras de Esperanza Aguirre en el foro de ABC (7 de abril de 2008): «*No me resigno a que los gobiernos del PP sean una excepción en la democracia española*». Rajoy sabe muy bien que las mayorías absolutas le son inalcanzables y que sólo puede gobernar mediante pactos, al menos de no agresión, con las fuerzas moderadas de España, sean o no nacionalistas. Por eso, resucita ahora las ideas de viaje al centro, mano tendida, diálogo y cooperación en todo aquello que no suponga la renuncia a los principios esenciales. Lo pragmático es concurrir al tercer enfrentamiento electoral con el PSOE con nueva fisonomía y nuevos lenguajes, pues los precedentes ya han sido dos veces derrotados.

La vida interna de los partidos pertenece al ámbito público. De ahí que surta de información a los medios de comunicación social y esté sometida a la interacción con estos. Es curioso comprobar cómo la misma prensa que hasta ayer acusaba a Rajoy de crispar la vida nacional y le negaba su capacidad de liderazgo, lo exalta hoy como el dirigente ideal de la derecha y se congratula de los resultados del congreso de Valencia. No es menos curioso ver u oír que los mismos medios que apoyaron a Rajoy son extraordinariamente críticos ahora y vaticinan su fracaso. Esta división en los medios se refleja también en la opinión pública. Si es claro que nunca votarán al PP quienes le ofrecen avales de progresía a cambio de mostrar una cara más amable y un acercamiento a los nacionalistas, no lo es menos que no le garantizan éxito quienes le ofrecen avales de ortodoxia para frenar su acercamiento a los nacionalismos.

Aunque sea una obviedad, la política es contingente y la absolutización de la pasión partidista no es buena para la convivencia. Por ser contingente, la política es movедiza y no totalmente previsible: pronosticar ahora tanto que el PSOE gobernará indefinidamente como que Rajoy ganará las próximas elecciones o será defenestrado antes no pasa de ser un juego aleatorio. Basta con que cambien las circunstancias, emerjan nuevos líderes o evolucionen en sentido no previsto variables tales como la inmigración, el bienestar social o las referencias del entorno internacional, para que las

profecías en precario que hoy se hacen avergüencen mañana a los profetas de lo absoluto.

El carácter contingente de la política es precisamente lo que hace posible el avance social, la emergencia de nuevas opciones y la maduración individual del ciudadano, por adhesión o por rechazo a las propuestas de cambio o de continuidad formuladas por los partidos. Al ciudadano de a pie le faltan vías de acceso para que llegue a los partidos su voz y que el canal de opinión que los partidos son lleve realmente el agua de las inquietudes cívicas. De este modo, el cambio o la continuidad podrían ser mucho más que una decisión de laboratorios especialistas en matemática electoral. ■